

## OLVIDO Y VEJAMEN DEL CAMPESINO

Venezuela va despertando, al interés por los problemas del campo. Sería injusticia no reconocerlo. Son ya muchos los que han comprendido que el milagro petrolero es un fenómeno pasajero; y, entre otras calamidades, nos ha arreado una aceleración del éxodo rural hacia las zonas mineras, hacia los empleos de la ciudad y hacia las obras públicas. Plumaz sinceras y caústicas han puesto de relieve la sinrazón de que en Venezuela se está comiendo carne argentina, jamón de Dinamarca, papas de los Estados Unidos y arroz del Ecuador... leche en polvo en pleno llano, y legumbres y frutas de conserva en plena montaña. No faltan hasta lúgubres profetas que se han dedicado a pintarnos el cuadro de una nación empobrecida, pero acostumbrada a la vagancia y al dinero fácil, el día en que se desvalore o se extinga el petróleo. Pero mientras tanto seguimos con una suerte de "ciudad alegre y confiada" comiendo de prestado de las naciones productoras, malgastando en importaciones la pingue entrada de la producción minera.

Es muy cierto que la idea de la preocupación agrícola, que hoy siembran publicistas y sociólogos, requiere su período de germinación y desarrollo. Es muy posible que así como la campaña en favor de las vías de comunicación está dando frutos de espléndidas realizaciones, los actuales insistentes reclamos en favor de la agricultura y el riego puedan gloriarse, antes de un decenio, de una cosecha venturosa. Seremos los primeros en encomiarla.

Pero, mientras tanto, permítasenos, en nuestra calidad de luchadores en la organización social de los trabajadores de la agricultura, sumarnos a la campaña publicitaria en favor del campo y del campesino.

**Preocupación por el campo y el campesino.**

Algunos economistas aparecen demasiado preocupados de la producción agrícola, y demasiado olvidados del productor agrícola: el campesino. Como sociólogos cristianos reaccionamos violentamente contra esa concepción, heredada

del liberalismo económico; concepción egoísta y pagana, que entre los dos factores de la producción valora preferentemente el capital y equipara el trabajo del hombre al de la máquina; concepción tan inhumana y cruel, como el materialismo marxista, hijo legítimo del materialismo manchesteriano.

Tocamos con ello un auténtico peligro del momento actual de Venezuela. Esfuerzos loables del Estado y apoyos poderosos en forma de créditos a los grandes productores están realizando una brusca transformación de nuestra agricultura rudimentaria hacia la producción mecanizada en gran escala. Un rico terrateniente de Barquisimeto nos decía, al regreso de un viaje por Colombia, que superábamos a la nación hermana en tractores y maquinaria. Confesaba sin embargo, que la agricultura colombiana era muy superior a la nuestra. Y es que la tierra montañosa de Colombia está llena, como nuestros Andes, de pequeños propietarios, y en general, cuenta con una tradición de iniciativa privada, inteligente y audaz.

Tenemos un voto de aplauso para el Ministro de Agricultura y Cría y sus organismos autónomos auxiliares por esta protección a la producción mecanizada. Algunos de sus resultados son palpables, como los obtenidos en las feraces planicies de Portuguesa, a pesar de lamentables imprevisiones, derroches y malversaciones, propias tal vez de todos los ensayos. Pero queremos alertar contra un peligro. Paralela y tal vez anterior debe ser la preocupación por proteger a los pequeños productores: la preocupación por aumentar los pequeños propietarios. De lo contrario estaríamos fomentando precisamente el estadio capitalista, que señalan los socialistas científicos, discípulos de Carlos Marx, como la escala necesaria e inmediatamente predecesora del comunismo.

Con gran sorpresa de los lectores no marxistas, escribió hace unos años en la revista Estudios el más sagaz de nuestros líderes comunistas... "que ellos no eran enemigos del capitalismo, en el actual estadio económico de Venezuela...

que incluso convenía fomentar el acceso de capitales extranjeros a nuestra patria... que el comunismo era consecuencia lógica y el inmediato estadio del capitalismo... que Venezuela sólo podría llegar al comunismo, después de una experiencia capitalista, lo que no podría suceder antes de unos sesenta años". Así hablaba el líder marxista en perfecta consonancia con las ideas de Carlos Marx en *El Capital*. Y, aunque su teoría de que el capitalismo lleva infaliblemente al comunismo es falsa, hay en el fondo de su razonamiento una parte de verdad, que es menester recordar aquí.

El antídoto del comunismo no es la forma capitalista de la propiedad, concentrada en manos de unos pocos; mucho menos si esa concentración se hace en manos del Estado, pues ello sería una vía directa hacia el Estado comunista; sino en la multiplicación de los pequeños propietarios. El propietario, así sea dueño de un automóvil de plaza, de un pequeño taller de zapatería o de una parcela de tierra, es elementalmente enemigo del comunismo, que predica la concentración de todos los instrumentos de producción en manos del único propietario, el Estado.

Hay, por lo tanto, en la preocupación agrícola, que felizmente va despertando en Venezuela, una tendencia, que pudiéramos llamar economista, que mira al mayor rendimiento del campo; y una preocupación sociológica, que atiende preferentemente al mejoramiento del nivel del campesino.

Admitamos un avance muy loable en el sentido economista. ¿Puede felicitarse igualmente el sociólogo? ¿Vive mejor nuestro campesino?

#### Olvido del campesino.—

Escribimos estas líneas después de un recorrido de propaganda sindical agraria por toda la República.

El primer hecho que hemos podido comprobar con sincero desagrado es que el Reglamento del Trabajo en la Agricultura y en la Cría, aplicación de la Ley del Trabajo al sector campesino, está prácticamente olvidado, en primer término, por los propios interesados; o mejor dicho, desconocido por los agricultores. De este olvido y desuso nos dan testimonio categórico las propias autoridades del Trabajo, a quienes nos hemos dirigido en busca de información. Nominalmente está en vigencia desde el 4 de mayo de 1945, siendo Presidente el General Medina y Ministro de Trabajo el Dr. Julio Díez. Maravilla el con-

traste que hay entre el obrero del campo y el de la ciudad en el conocimiento de sus derechos y las ventajas que le concede la Ley del Trabajo. ¿Qué sabe el noventa por ciento de los peones de hacienda de vacaciones remuneradas, jornada de trabajo, participación en las utilidades, indemnización por accidentes de trabajo? Los mejores patronos del campo cumplen una parte de sus deberes por pura bondad, por un sentido paternalista, suerte de supervivencia del patriarcado, heredado de antepasados generosos, pero mezclado con frecuencia con un sentido de mando categórico y semifeudal.

Existe también desde la época del General Medina una Ley de desalojos. Sin duda se usó y abusó de esta ley en el trienio democratista. Con la misma enfermiza y peligrosa tendencia con que al obrero de la ciudad y de la industria se le enseñaron con exclusividad sus derechos, se predicaron en el campo principios tan deletéreos como "la tierra es de quien la trabaja". Así se invadieron haciendas de honestísimos patronos y se creó en el campo un ambiente de inquietud que aceleró la catástrofe de nuestra agricultura. Pero con la misma sinceridad tenemos que reconocer que a la caída de Acción Democrática muchos patronos haciendo con ello la más desastrosa propaganda al gobierno actual entre las masas del campesinado, se creen con derecho a represalias de todo género. En algunos casos a vejámenes irritantes. Se ha llegado a los viejos y clásicos atropellos; y, lo que es más desconcertante, a la utilización de los poderes policiales de los pueblecitos y aldeas, con absoluta ignorancia de las autoridades superiores, a las que nos ha tocado informar en ocasiones gravísimas con inmediatos resultados favorables para los vejados campesinos.

Parecerán duras las expresiones que preceden. Por eso queremos recoger, de nuestros archivos del Círculo Obrero de Caracas, tres casos ejemplares.

En un valle próximo a Caracas. El dueño, es un capitalista caraqueño relacionado con la más poderosa prensa, donde se escriben cosas preciosas sobre los problemas de Venezuela, sin excluir los agrícolas. El poderoso señor decidió transformar su hacienda, donde unos ciento cincuenta conuqueros recogían frutos menores, en tierra de pastos. Sesenta conuqueros fueron expulsados sin ninguna indemnización. Los que se resistieron a ello han visto cómo se les ha sembrado pasto sobre sus sementeras y cómo los tractores han derribado sus

gallineros; cómo las cercas les han cortado los caminos... Se ha logrado del Instituto Agrario, por medio de un comisionado, que estudiara el caso. Cuando el poderoso capitalista caraqueño ha visto perdida su causa legal ante el Instituto, acusó a sus arrendatarios de comunistas y ha logrado perseguirlos en toda forma por la vía policial. Las altas autoridades ignoran sin duda el origen y la causa de las acusaciones contra esos indefensos campesinos, de quien el dueño afirma, bien custodiado por un espaldero, que a las buenas o a las malas tendrán que salir de sus conucos... sin ningún género de indemnización "porque esa tierra es suya..."

En una hacienda próxima a la anterior... en un valle próximo a Caracas y "de cuyo nombre no me quiero acordar..." vive una pobre viuda con una prole numerosa. Tiene en la hacienda un conuco, del que ha vivido largos años, y cuyo arriendo ha pagado religiosamente. Desde hace dos años el dueño de la hacienda no quiere recibirle el arriendo. Quiere simplemente que la viuda deje su conuco, pero no está dispuesto a indemnizarla. La pobre viuda ha visto cómo el amo le arroja sus ganados sobre sus siembras y viene hostigándola en diversas formas. Ella se resiste a dejar su conuco, sin la indemnización que le corresponde, y pide auxilio del Instituto Agrario.

Otro dueño de hacienda en el mismo valle ha encontrado un medio más expeditivo para desalojar a los campesinos. Por medio del comisario del lugar puso un día presos a todos los conuqueros, pues se negaban a salir, sin indemnización, de sus parcelitas. Acusados de enemigos del gobierno y sin ninguna protección, en la cárcel cedieron los más de ellos y han abandonado la hacienda. Menos un valiente viejito, padre de nueve hijos, que se niega a dejar su conuco, y acude a Caracas en busca de protección, porque el amo, a través del comisario, le tiene abrumado de amenazas.

Hemos escogido tres casos, coleccionados en el término de dos meses, en las proximidades de Caracas. Nos afirman que suceden cosas mucho más graves en las zonas, tampoco muy lejanas de la capital. Una de las características más graves de la mayor parte de los casos es que los terratenientes sin escrúpulos complican en sus tropelías a la autoridad, digamos concretamente, al

régimen, cuyos más altos personeros ignoran, según hemos podido comprobar, tales vejaciones y los métodos que se utilizan para perpetrarlos.

En síntesis: algo hemos avanzado en la preocupación por la producción agrícola. Tal vez hemos olvidado al agricultor. Hemos escrito para él bellas leyes, que no se aplican, y lloramos inoportunamente que huyan del campo hacia la ciudad. Los propios hacendados, que lo han vejado y maltratado se lamentan porque carecen de brazos. En una encuesta realizada con 15 párrocos de la diócesis de Barquisimeto pudimos concluir que el salario medio de la mujer oscila en Lara entre 1,50 y 2 bolívares. Y el salario del peón de hacienda entre cuatro y seis bolívares. No es dudable que también en el campo ha mermado el valor adquisitivo de la moneda. Con dos bolívares de salario ¿qué alimento puede dar a su prole, frecuentemente numerosa, la mujercita viuda, o abandonada de nuestros campos? Si el milagro del DDT, que ha derramado providamente el Dr. Gabaldón por tantas chozas olvidadas, proyecta hacia el porvenir consoladoras esperanzas de un rápido aumento demográfico, no sería conveniente completarlo con un DDT social, igualmente milagroso, que salvara de la miseria e hiciera posible una vida honesta a tantas familias campesinas?

Bien está que hablemos de grandes producciones de arroz, maíz, sábila o ajonjolí. Hablemos de tractores y segadoras. Pero no olvidemos la campaña de la vivienda rural, aun con preferencia a la vivienda urbana; pensemos en la higiene, la salud, el alimento y la alegría de nuestro olvidado y muchas veces vejado campesino. Y superando su uraña independencia enseñémosle que hay organizaciones salvadoras que le pueden libertar del pulpo del intermediario, del comerciante que le presta y compra la cosecha, del comerciante que le vende caro y le compra con baratura irrisoria; enseñémosle qué son cooperativas y ligas agrarias; enseñémosle qué son abonos y tractores; enseñémosle que su vida en el campo puede ser igualmente alegre, mucho más higiénica y, en suma, mucho más feliz que la de la ciudad.

Si queremos salvar la agricultura, salvemos al agricultor. Y sin dejar de oír al economista, oigámosle también al sociólogo.